

Desde el otro lado del charco. Y de vuelta.

Lena Abraham

Desde este lado del charco

Según muchos de sus adversarios, pero también de sus mismos defensores, la historia de la Literatura Comparada ha sido sumamente crítica; tomado en la peor acepción de la palabra: una historia de constante crisis. Y esto, en gran medida, debido a que su pretendido internacionalismo fue en el fondo nada más que un pretexto para ya no sólo elogiar lo propio, sino para incluso enaltecerlo frente a lo ajeno. Todavía en 2004, Claudio Guillén lamentaba para el caso de los estudios literarios en España una “tozuda autolimitación”, “el ombliguismo, la monomanía localista, la ceguera respecto a los Otros, la indiferencia a todo cuanto no es español.”

¿No ha habido, entonces, ningún esfuerzo honesto, ningún logro auténtico, ningún acierto real, por deshacerse de todas estas cruces con las que anda cargando nuestra disciplina desde que sus padrinos la sacaron de la pila de bautismo hacia fines del siglo antepasado? Sobre este asunto meditaba cuando por requerimientos de mi proyecto de investigación tocaba escoger una universidad alemana para realizar una estancia académica. Por un lado, precisaba enriquecer la parte bibliográfica de tradición alemana de mi tesis, pero por el otro me atraía la idea de indagar más sobre esta cuestión de la eterna crisis de la Literatura Comparada. Y di con el [Instituto Peter Szondi para Comparatística](#) de la [Freie Universität Berlin](#).

Obviamente, al encontrar este instituto, no descubrí el agua tibia; existe desde 1965 y hoy día figura entre los más reconocidos en el área. No obstante, la visión que defiende esta institución me llamó la atención dentro de todo este panorama aparentemente tan desolador.¹ El revuelo que causó entre los catedráticos más tradicionalistas en el campo de las letras en el momento de la fundación se advierte, en primer lugar, en el nombre mismo que eligió: *Institut für Allgemeine und Vergleichende Literaturwissenschaft*. Al proponerse realizar estudios literarios comparados y generales, la nueva cátedra buscaba justamente superar la antigua rivalidad comparatista entre las distintas filologías e instaurarse como la disciplina dedicada al estudio de los fenómenos literarios en su sentido más amplio y a la vez más concreto, más allá de las distinciones nacionales. Asimismo, pretendió ya no limitarse a las historias de la literatura,

¹ En otro momento, ya he expresado [en este mismo espacio](#) que la susodicha crisis no me parece ni tan desesperanzadora ni tan “crítica”.

generalmente dedicadas a una tradición específica, nacional, sino ocuparse del hecho literario de forma más precisa y cultivar para ello también la teoría literaria, la poética de los géneros, la sociología de la literatura, etc.

Este [enfoque transnacional e interdisciplinario](#), que sigue propugnando hasta el día de hoy, me motivó a iniciar todos los trámites necesarios para solicitar la estancia y a seguir mi causa aún contra viento y marea burocráticos.

Pero de los años sesenta para acá, ha corrido mucha agua bajo el puente. ¿Qué tan vivo sigue este espíritu innovador en el Instituto Peter Szondi? Evidentemente, antes que nada, hay que advertir que en los cinco meses y medio que abarca una estadía breve de un semestre no se descubrirá la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad de las cosas. Lo que quisiera compartir en este espacio, no representan de ningún modo juicios de valor tajantes ni pretensiones de haber revelado el verdadero carácter del instituto; se trata de meras impresiones personales, comentarios curiosos recogidos en los pasillos y salones de clase que a mi parecer pueden resultar ilustradores y sugestivos, así como algunas reflexiones sobre el asunto de la movilidad estudiantil en nuestra área.

Desde el otro lado del charco

Una vez instalada en el Berlín invernal y resueltas las formalidades previas, emprendí mis primeras excursiones por las instalaciones de la universidad y me sumergí en el maravilloso mar de libros de la Biblioteca Filológica. Finalmente, se derritió la nieve, llegó la primavera y con ella el primer día de clases e inició mi paseo formal por aguas internacionales comparatistas. En total, cursé cuatro materias en la FU: tres en el Instituto Peter Szondi y una de la oferta académica de Filología Alemana. Aunque evidentemente se trata de una selección arbitraria, que se ajustaba únicamente a mis intereses personales (de tesis), las diferencias entre los dos centros no tardaron en salir a flote.

Durante el curso que tomé en Filología Alemana, la profesora nos conducía con mano segura por las marejadas y borrascas del *Sturm und Drang*, navegaba con nosotros por las corrientes principales de esta época e incluso se adentró en uno que otro brazo secundario; hasta ahí bien. Más que el contenido temático, lo que me consternó fue la forma de la asignatura prescrita por el plan de estudios: una clase magistral hecha y derecha, totalmente centrada en la figura docente que da lectura a sus apuntes de cada sesión, y la opción más

sencilla de acreditarla consistía en presentar un examen final escrito; método, a decir de mis compañeros comparatistas, prehistórico dentro del programa de Máster en su área.

En el seminario *Lebens- und Liebesarchitekturen de Kafka a Goethe*, impartido por la Dra. Julia Weber y el Prof. Dr. Gerhard Neumann y dirigido tanto a los alumnos de Filología Alemana como de Comparatística, coincidí con unas compañeras germanistas. A ambas les extrañó la selección de lecturas: una abrumadora mayoría de textos en lengua alemana, salvo una novela de Stendhal (*La Chartreuse de Parme*). Aquello se les hacía inédito, en sus estudios anteriores nadie les había exigido leer obras que no perteneciesen a la tradición germánica. Se sentían arrojadas a mar abierto en un bote neumático sin remos ni salvavidas ni faro a la vista que les indicara hacia dónde braccar. Debido a su inexperiencia total en este medio, su reacción pasó del desconcierto al rechazo.

Al contrario de estas marineras de agua dulce, otro alumno germanista se mostró todo viejo lobo de mar en cuanto a la náutica de aguas internacionales. Para mi gusto, no obstante, manejaba su timón teórico con un dejo del antiguo chauvinismo de filólogo: En una sesión se analizó un capítulo de *Riskante Freiheiten. Individualisierung in modernen Gesellschaften* de Niklas Luhmann, personaje que a nuestro navegante le parecía divino. Yo le admití que me parecía una lectura enriquecedora, ya que hasta ese momento no había estado familiarizada con la teoría de sistemas del pensador alemán. Con actitud generosa y asombrosa naturalidad, atribuyó mi ignorancia al hecho de que me había formado en una universidad extranjera. Mientras que los estudiantes alemanes ya habían tenido el privilegio de estudiar la obra del gran filósofo desde hacía tiempo, en el resto del mundo se seguían discutiendo el análisis del discurso y “cosas de ésas”, que a lo mucho podían considerarse “copias baratas” de la gran obra luhmanniana.

Por lo visto, algunos germanistas aún no han permitido que la esencia transnacional del comparatismo salpique sus aguas límpidas de filología pura, mientras que otros se resisten a abandonar el viejo buque enmohecido de patriotería.

[Paréntesis obligatorio: Evidentemente, son éstas experiencias sumamente singulares relatadas en forma de anécdotas jocosas, que como tales han de entenderse. Nada más lejos de mi voluntad que acusar de modo grosero y generalizador a la multifacética comunidad de filólogos. Además, mi misma formación es de hispanista.]

Este espíritu supranacional e interdisciplinario sí era palpable en las clases del Instituto Peter Szondi, y desde un nivel elemental: en los salones se respiraba un aire cosmopolita

gracias a las lecturas de distintas tradiciones como también a la circunstancia que todos los profesores tenían experiencia en el extranjero, ya sea a nivel de estudios o de práctica docente. Además, se notaba que sus propuestas temáticas habían surgido de contextos más amplios. El seminario de la Dra. Christine Knoop –una estupenda revisión tematólogica de obras literarias pertenecientes a una variedad de épocas y tradiciones, desde la *Medea* de Sófocles hasta una novela de Michael Chabon, *The Amazing Adventures of Kavalier & Clay*, encauzada en los diferentes tratamientos de la venganza en estos textos–, por ejemplo, nació de su colaboración en el proyecto interdisciplinario *Languages of Emotion*, que aborda el fenómeno de las emociones humanas desde diversas disciplinas: las artes, la historia, los estudios culturales y las neurociencias. A este grupo pertenece, asimismo, el Dr. Johannes Windrich, enfocado específicamente en los sentimientos de *adoración y admiración*, y que ha explorado estas emociones en los himnos literarios, en el semestre que me tocó, en la obra del gran poeta romántico Novalis. También la clase a cargo de la Dra. Weber vinculaba la literatura con fenómenos extraliterarios, en su caso, con la arquitectura. Aparte del seminario, el proyecto de *Bauformen der Imagination. Literature and Architecture in Modernity*, organizó una serie de conferencias que impartían especialistas en estudios literarios, arquitectura, urbanismo y estudios culturales.

No en último término, el enorme porcentaje de alumnos internacionales y de intercambio nutría los debates en clase con perspectivas particulares que derivaban de las diferentes formaciones. De este modo, se presentaba un sensacional espectáculo acuático: unos surcaban el mar literario a grandes brazadas, otros se sentían más seguros dirigiéndose de boya a boya, cada quien según sus preferencias y convicciones teóricas, su lengua y cultura.

Sin embargo, este cuadro no parece ser el más común en las costas comparatistas. A decir de una de sus profesoras, los alumnos de Literatura Comparada muchas veces presentaban tendencias más bien hidrófobas. Afirmaba poder distinguir perfectamente entre un estudiante de germanística y uno de su propia área: aquellos solían presentarse con un inmenso repertorio de obras literarias leídas (en lengua alemana, habría que matizar), mientras que éstos destacaban por sus vastos conocimientos de teoría literaria pero que le alarmaba su inexperiencia en cuanto al contacto directo con la materia prima de los críticos: los textos literarios mismos. A su parecer, los comparatistas muchas veces “nadamos en seco”, como dice la bonita expresión alemana. Impecablemente instruidos sobre la diferencia entre un estilo braza, un butterfly y nadar a crol, equipados de flotadores y salvavidas, nos quedamos en la

orilla de la alberca (del mar ni se diga), realizamos nuestros ejercicios de modo elegante e intachable, pero sin atrever a mojarnos casi nunca ni la punta de los dedos del pie. Y con esta entretenida imagen reformula una vez más la vieja crítica a los estudios literarios: los filólogos chapotean dentro de su charco local, a veces sin servirse de un estilo de natación específico, mientras que algunos comparatistas tomamos al pie de la letra las reprimendas y demandas de René Wellek y nos fuimos al otro extremo: armados de un valioso bagaje teórico, no nos atrevemos a sumergirnos en las aguas, muchas veces turbulentas, del fenómeno plenamente literario. ¿No será momento de superar tanto la hidrofobia como el chapoteo localista?

Y de vuelta

Antes de cruzar el charco, una de mis preocupaciones primordiales –aparte de la investigación bibliográfica para mi proyecto de tesis, claro está– consistía en averiguar si en el Instituto Peter Szondi la eterna crisis de la Literatura Comparada ya se había atenuado un poco, si allá se seguían rigiendo por las mismas constelaciones de siempre o habían logrado dar un brusco golpe de timón y cambiar sustancialmente el rumbo al buque comparatista. El carácter internacional e interdisciplinario tanto de las clases como de los grupos de investigación sugiere que efectivamente algo se ha conseguido en este astillero de la Comparatística. Otra de las barcas de manufactura peterszondiana constituye, por ejemplo, la fundación de la [Samuel Fischer Gastprofessur für Literatur](#) en 1998, cuyo objetivo declarado consiste precisamente en “la reflexión crítica sobre las literaturas del mundo junto con escritores de diversos contextos culturales”. El semestre pasado, le tocó el turno al autor y periodista español [Javier Cercas](#), que contribuyó con un seminario sobre la obra de Jorge Luis Borges, abierto a todo el público universitario e impartido en castellano.

Con todo, parece ser que los buques comparatistas todavía suelen transitar ciertas aguas internacionales con mayor frecuencia y desenvoltura que otras. A título de un deseo personal, me encantaría que se consolidara la presencia de las letras mexicanas y latinoamericanas dentro de los estudios literarios generales, que en la FU –en algunas ocasiones– se siguen relegando al ámbito de los Estudios Latinoamericanos. Y esfuerzos de este tipo seguramente no se quedarían en agua de borrajas. Al menos en mi experiencia personal durante la estancia, recibí mucho interés por México, los temas que se trabajan aquí en el posgrado, en fin, una actitud muy abierta. Conversando con los profesores, varios manifestaron ánimos sinceros y

entusiastas de venir a la UNAM, de establecer un vínculo más estrecho y entablar un diálogo más vivo y constante entre las dos instituciones. Creo que es justamente en este sentido que debemos seguir trabajando: en la construcción y el fortalecimiento de los puentes tanto entre los supuestos islotes de las filologías como de las tradiciones críticas, a fin de lograr un debate directo y vívido, más allá de los encuentros ocasionales en coloquios y congresos y la comunicación mediada por la palabra escrita (además en versión de resultado, no de proceso, en estado de gestación).

Se trata, pues, de lograr un diálogo a la manera de Bajtín, de escuchar y proponer respetuosamente, de revisar y replantear el punto de vista propio, de dejarse inspirar y cuestionar por el otro, pero, a la vez, de proporcionarle también estímulos para la reflexión. ¿Y qué mejor que cultivar esta amplitud de miras desde las raíces, es decir, desde la formación misma? No obstante, es difícil que este espíritu abierto madure si se ejercita únicamente en tierra firme, desde la comodidad y las certezas de lo familiar y consabido o con la distancia de la palabra impresa de por medio. Además, no hay que olvidar que tanto las expresiones literarias como también las de estudio e investigación forman parte de un contexto cultural más amplio. Fuera de lo estrictamente académico y aunque al principio puede resultar aterrador el tener que arrojarse a la mar sin salvavidas, siento que es sumamente valioso darse este baño cultural, de empaparse de nuevas ideas no sólo en cuanto a lo específicamente literario, de crítica e investigación, sino incluso de otras formas de pensar, de ver el mundo, de relacionarse y de dejarse asombrar.

Por todo ello, léase el presente escrito como una apología fervorosa de las estancias académicas en el marco de los programas de estudio mismos, y no me refiero únicamente a estadias que se limitan a la investigación, al aprovechamiento de los acervos de las bibliotecas de otras universidades e institutos (ciertamente, nada desdeñables). Sin embargo, quisiera resaltar que no debe despreciarse tampoco –y sobre todo– la oportunidad de integrarse en las clases y de participar en los debates que ahí se generan, de acercarse a otros modos de analizar, discutir, de construir y transmitir conocimientos, incluso de familiarizarse con otro lenguaje académico.

Es este tipo de diálogo que, a mi parecer, puede ayudarnos a salir adelante como área y corregir este epíteto que tanto fastidio nos ha causado a lo largo de la historia de la Literatura Comparada: que se hable de una disciplina “crítica”, ahora sí en el mejor sentido de la palabra.